

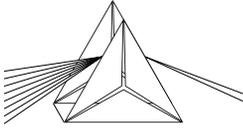
## De pronóstico reservado

Antonio Álvarez Rivera

Hay manuales que son algo serio, el del cangrejo debe ser uno de ellos ya que este singular animal tiene su vida montada en reversa, es decir, caminar hacia atrás. Del salmón ni se diga, los osos estarían en disposición internacional de recordarle la madre a quién tratara de cambiar eso... ¡cómo el hombre lo cambiara todo! No sé, pero tengo la leve sospecha de que esta desencantada isla está seriamente desnortada entre ambos manuales: tanto entre el del cangrejo como el del salmón. A esta altura de nuestra circunstancia sociohistórica es ya inevitable preguntarnos – desde nuestro estoicismo suicida – si somos cangrejónidos o salmónidos. ¿A cuál elemento de ese funesto binomio están adscritos los tétricos balidos de nuestro imponderable y escuderil cordero? Cuando jovencito cometí la insolente imprudencia de una especie de optimismo bobolónico: creí que el futuro – este simpático ahora – iba ser mejor que aquel ahora ya distante.

Pido ilustración y, de paso, perdón por mi ignorancia: ¿existe algún país que tenga en su escudo algo más víctima, más presa, que nuestro terrorífico cordero? Antes de que ciertas bocas reclamen el derecho a despotricar recuerden que Cristo es todo un señor revolucionario: ¡qué no Copérnico!... es el cambio... el ahora y el después de la vida espiritual de todo buen cristiano. Está claro: el cordero del escudo es otra cosa y está en otro carril y sirve a muy otros intereses simbólicos. Nuestro progreso tiene la marca de la sospecha en las entrañas, es decir, lo que tiene esta isla – con la excepción de un grupito de súperbilletudos – es un programa espejado, reflejo. Somos de facto, indiscutiblemente de hecho, un país inescapablemente tercer mundista, país que tiene embrollada hasta su sombra por un largo... largo... largo rato. Aquí, de cada dólar que le entra al estado, ochenta centavos hay que usarlos para pagar la embrolla nacional. Cuando un país está así, colinda por los cuatro puntos cardinales con la geografía áspera y azúfrica de la jota.

Es bien difícil vivir sin esperanza, que lo único seguro donde poner los pies en los próximos días o meses sea la incertidumbre es como estar inevitablemente próximos a caer en un abismo. Abismo creado por la imprudencia, por la vacilación de no caminar en la dirección correcta, por ese temor ancestral, visceralmente tóxico, de ser uno mismo. Es un caso serio, patológicamente serio, el de un país donde a los pobres se les ha

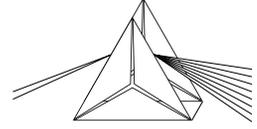


ubicado fuera de un contexto situacional económico, para que no se piensen o se sientan como tales. Esa mística, ese estado de hipnosis, se hace pedazos cuando un ivu multitentacular se le acomoda de forma viral en los intersticios de su cotidianidad, casi asfixiándole su ya estrasijada capacidad adquisitiva.

Como si lo exterior fuese poco, entonces uno oye a los billetudos señalar algo tan espiritual como lo siguiente al gobierno: “Deben tomarse medidas sabias y prudentes, medidas que no vayan a afectar el clima industrial y de inversiones en el país”. Y las “medidas sabias y prudentes“, son las que estamos viviendo el 98% de la isla. No queda otra cosa que hacer: todos tenemos que hacer ajuste y reajuste con nuestro sistema de vida todo el tiempo... y: ¡cada cierto tiempo! ¿No estábamos mejor cuando estábamos peor? ¿Estas generaciones están listas para enfrentarse a privaciones severas que vengan de una marginalidad que muchos aún ni sospechan? El asunto está difícil si tenemos en cuenta que hay jóvenes que prefieren buscar primero el dinero para pagar su celular y después el de sus alimentos... un ejemplo miserable del trastocamiento de prioridades. Esos son los que entre el santo y verdugo se deciden por este último.

Aquí es donde duele no ser emocional, cultural, intelectual y espiritualmente del montón porque, para muchos; la ignorancia parece ser un anestésico inmejorable... ¡qué no se construya una arca cuando haya que construirla es tener problemas olímpicos sumando dos más dos! Y el arca aquí es la previsión, cautela y, sobre todo,... sentido común: el espíritu santo de la inteligencia. Decía Einstein que la vida es muy peligrosa no por los que hacen el mal sino por aquellos que se sientan a ver lo que pasa. De acuerdo a esa expresión cada uno de nosotros... ¿somos parte del problema o de la solución? El temor, la desconfianza, la inseguridad, la incertidumbre son ciclones que, gran parte del tiempo, tratan de destecharnos las esperanzas, los sueños, las metas. Tal vez por eso señaló Henry David Thoreau que “La mayoría de los hombres llevan vidas de desesperación silenciosa”. La esfinge del consumismo, la de la seducción de la opulencia, la de la ley del menor esfuerzo, han puesto en condición vergonzante a los heroicos de los valores esenciales, a aquellos que siguen los acosados postulados de la dignidad. Y en consecuencia, muchos de ellos, dejan sus sueños, sus esperanzas, su vida en la alambrada de lo digno, de lo recto.

Pero parece que ciertas obstrucciones en ese sentido pronto harán falta. Dentro de poco habrá que legalizar la poligamia porque a una pareja



se le hará difícil enfrentar responsablemente todos los gastos de la vida actual. O, por otro lado, convencer a los banqueros que crean en la reencarnación para saldar los préstamos en las próximas reencarnaciones. ¿El azar? La suerte es esa cosa que le sonrío a algunos y se ríe de los demás. Hay muchas maneras y razones para estar de rodillas, algunos deben recordar que el cielo les queda más lejos a ciertos arrodillados. Mientras tanto, ¿quién dijo que hay problemas?... por algo existen el BenGay y las Panadol.